ginado nada tan chistoso como nuestra situacion, y, sin embargo, las lágrimas algunas veces humedecen mis ojos.

Cuando me habla de la virtuosa madre de Carlota, y me refiere que poco ántes de morir dejó al cuidado de ella la casa y los niños, y al de él á Carlota; que desde entónces la jóven ha revelado dotes inusitadas; que se ha vuelto una verdadera madre con la direccion de los asuntos domésticos; que todos los momentos de su vida están esmaltados por la ternura y el trabajo, sin que jamas hayan sufrido alteracion su buen humor y su alegría.... Yo camino junto á él, cogiendo las flores que encuentro al paso, con las cuales hago un bonito ramillete, y lo arrojo al cercano rio, siguiéndolo con la mirada miéntras se aleja en las ondas mansamente. No sé si te he dicho que Alberto permanecerá en esta ciudad y que espera de la córte, donde es muy querido, un buen empleo. Conozco pocas personas que le igualen en el órden y el apego á los negocios.

12 de Agosto.

Alberto es indudablemente el mejor de los hombres que cobija el cielo: ayer me pasó con él un lance peregrino. Habia ido á su casa á despedirme, porque se me an-

tojó dar un paseo á caballo por las montañas, desde donde te escribo ahora. Yendo y viniendo por su cuarto vi sus pistolas.— «Préstamelas para el viaje, le dije.—Con mucho gusto, respondió, si quieres tomarte el trabajo de cargarlas; aquí sólo están como un mueble de adorno.» Tomé una: él continuó:— «Desde el chasco que me ha ocurrido por mi exceso de precaucion, no quiero cuentas con esas armas.» Tuve curiosidad de saber esta historia, y él dijo:— «Habiendo ido á pasar tres meses en el campo con un amigo, llevé un par de pistolas: estaban descargadas, y yo dormia tranquilo. Una tarde lluviosa en que no tenía nada que hacer, se me ocurrió la idea, no sé por qué, de que podian sorprendernos, hacer falta las pistolas, y..... tú sabes lo que son apreciaciones. Di mis armas al criado para que las limpiase y las cargára. Jugando éste con las criadas, quiso asustarlas, y al tirar del gatillo, la chimenea, Dios sabe cómo, dió fuego, y despidiendo la baqueta que estaba en el cañon, hirió en un dedo á una pobre muchacha. Sobre consolarla tuve que pagar la cura, y desde entónces dejo siempre las pistolas vacías. ¿De qué sirve la prevision, querido amigo? El peligro no se deja ver por completo. Sin embargo.....» Ya sabes cuánto quiero á este hombre; pero me en-

cocoran sus *sin embargo*. ¿Qué regla general no tiene excepciones? Este Alberto es tan meticuloso que cuando cree haber dicho una cosa atrevida, absoluta, casi un axioma, no cesa de limitar, modificar, quitar y poner hasta que desaparece cuanto ha dicho. No fué en esta ocasion infiel á su sistema; yo acabé por no escucharle, y meciéndome en un mar de sueños, con súbito movimiento apoyé el cañon de una pistola sobre mi frente, más arriba del ojo derecho.—«Aparta eso, dijo Alberto, echando mano á la pistola. ¿Qué quieres hacer? —No está cargada, contesté.—Y ¿qué importa? ¿Qué quieres hacer? repitió con impaciencia. No comprendo que haya quien pueda levantarse la tapa de los sesos. Sólo el pensarlo me horroriza. — ¡Oh hombres! exclamé: no sabréis hablar de nada sin decir esto es una locura, eso es razonable, tal cosa es buena, tal otra es mala? ¿Qué significan todos estos juicios? Para emitirlos ¿habeis profundizado los resortes secretos de una accion? ¿Sabeis distinguir con seguridad las causas que la producen y que lógicamente debian producirla? Si tal ocurriese, no juzgariais con tanta ligereza. —Tú me concederás, dijo Alberto, que ciertas acciones serán siempre crímenes, sea el que quiera el motivo que las produzca.—Concedido, respondí yo, encogiéndome de hombros. Sin embargo, advierte, amigo mio, que ni eso es verdad en absoluto. Indudablemente el robo es un crimen; pero si un hombre está á punto de morir de hambre, y con él su familia, y ese hombre por salvarla y salvarse se atreve á robar, ¿merece compasion ó merece castigo? ¿Quién se atreverá á tirar la primera piedra contra el marido que en el arrebato de una cólera justa mata á su infiel esposa y al infame seductor? ¿Quién puede acusar á la sensible doncella que en un momento de voluptuoso deliquio se abandona á las irresistibles delicias del amor? Hasta nuestras leyes, que son pedantes é insensibles, se dejan conmover y detienen la espada de la justicia. — Eso es distinto, respondió Alberto; el que sigue los impulsos de una pasion, pierde la facultad de reflexionar, y se le mira como á un ébrio ó un demente. — ¡Oh hombres de juicio! exclamé sonriéndome. ¡Pasion! ¡Embriaguez! ¡Demencia! ¡Todo esto es letra muerta para vosotros, impasibles moralistas! Condenais al borracho y detestais al loco con la frialdad del que sacrifica, y dais gracias á Dios, como el fariseo, porque no sois ni locos, ni borrachos. Más de una vez he estado ébrio; más de una vez me han puesto mis pasiones al borde de la locura, y no lo siento; porque he apren-

dido que siempre se ha dado el nombre de beodo ó insensato á todos los hombres extraordinarios que han hecho algo grande, algo que parecia imposible. Hasta en la vida privada es insoportable el ver que de quien piensa dar cima á cualquier accion noble, generosa, inesperada, se dice con frecuencia: —«¡Está borracho! ¡Está loco!» ¡Vergüenza para vosotros los que sois sobrios! ¡Vergüenza para vosotros los que sois sabios! —¡Siempre extravagante! dijo Alberto. Todo lo exageras, y esta vez llevas la humorada hasta el extremo de comparar con las grandes acciones el suicidio, que es de lo que se trata, y que sólo debe mirarse como una debilidad del hombre; porque indudablemente es más fácil morir que soportar sin tregua una vida llena de amarguras.»

Estuve á punto de cortar la conversacion: no hay nada que me ponga más fuera de mí que el razonar con quien sólo responde trivialidades, cuando yo hablo con todo mi corazon. Sin embargo, me contuve porque no era la primera vez que le oia decir vulgaridades y que me sacaba de mis casillas. Le repliqué con alguna viveza. —«¿A eso llamas debilidad? Te suplico que no te dejes seducir por las apariencias. ¿Te atreverás á llamar débil á un pueblo que gime bajo el insoportable yugo

de un tirano, si al fin estalla y rompe sus cadenas? Un hombre que al ver con espanto arder su casa, siente que se multiplican sus fuerzas, y carga fácilmente con un peso que sin la excitacion apénas podria levantar del suelo; un hombre que furioso de verse insultado, acomete á sus contrarios y los vence; á estos dos hombres ¿se les puede llamar débiles? Créeme, amigo mio, si los esfuerzos son la medida de la fuerza, ¿por qué un esfuerzo supremo ha de ser otra cosa?». Alberto me miró, y dijo: —«No te enojes, pero esos ejemplos que citas no tienen aquí verdadera aplicacion.—Puede ser, le contesté; no es la primera vez que califican mi lógica de palabrería. Veamos si podemos representarnos de otro modo lo que debe experimentar el hombre que se resuelve á deshacerse del peso, tan ligero para otros, de la vida, porque no raciocinarémos bien sobre ello, miéntras nos andemos por las ramas. —La naturaleza humana, proseguí, tiene sus límites; puede soportar, hasta cierto grado, la alegría, la pena, el dolor; si pasa más allá, sucumbe. No se trata, pues, de saber si un hombre es débil ó fuerte, sino de si puede soportar la extension de su desgracia, sea moral, sea física; y me parece tan ridículo decir que un hombre que se suicida es cobarde, como absurdo sería

dar el mismo nombre al que muere de una fiebre maligna. —¡Paradoja! ¡Rara paradoja! dijo Alberto. —No tanto como crees, respondí. Convendrás conmigo en que llamamos enfermedad mortal á la que ataca á la naturaleza de tal modo que sus fuerzas, destruidas en parte, y en parte paralizadas, se incapacitan para reponerse y restablecer por una revolucion favorable el curso ordinario de la vida..... Pues bien, querido amigo, apliquemos esto al espíritu. Mira al hombre en su limitada esfera, y verás cómo le aturden ciertas impresiones, cómo le esclavizan ciertas ideas, hasta que arrebatándole una pasion todo su juicio y toda su fuerza de voluntad, le arrastra á su perdicion. En vano un hombre razonable y de sangre fria se compadecerá de la situacion del infeliz; en vano le exhortará: es semejante al hombre sano que está junto al lecho de un enfermo, sin poderle dar la más pequeña parte de sus fuerzas.» Estas ideas parecieron á Alberto poco concretas. Le hice recordar á una jóven que habian encontrado ahogada hacia poco tiempo, y le conté su historia.

Era una criatura bondadosa, encerrada desde su infancia en el estrecho círculo de las ocupaciones domésticas, de un trabajo siempre igual; que no conocia otros placeres que los de ir algunas veces á pasearse

los domingos por los contornos de la ciudad con sus compañeras, engalanada con la ropa que poco á poco habia podido adquirir, ó bailar una sola vez en las grandes fiestas, y charlar algunas horas con una vecina, con toda la vehemencia del más sincero interes, sobre tal chisme ó cuál disputa. El ardor de su juventud le hace experimentar deseos desconocidos, que aumentan con las lisonjas de los hombres; sus antiguos placeres llegan paso á paso á serle insípidos; al cabo encuentra á un hombre, hácia el cual le empuja con incontrastable fuerza un sentimiento nuevo para ella, y fija en él todas sus esperanzas; se olvida del mundo entero; nada oye, nada ve, nada ama sino á él, sólo á él; no suspira más que por él, sólo por él. No está corrompida por los frívolos placeres de una inconstante vanidad, y su deseo va derecho á su objeto; quiere ser de él, quiere, en una union eterna, encontrar toda la dicha que le falta, gozar de todas las alegrías juntas al lado del que adora. Promesas repetidas ponen el sello á todas sus esperanzas; atrevidas caricias aumentan sus deseos y sojuzgan su alma por entero: flota en un sentimiento vago, en una idea anticipada de todas las alegrías; ha llegado al colmo de la exaltacion. En fin, tiende los brazos para abrazar todos sus de-

seos..... y su amante la abandona. Mírala delante de un abismo, inmóvil, demente: una noche profunda la rodea; no hay horizonte, no hay consuelo, no hay esperanza: la abandona el que era su vida. No ve el inmenso mundo que tiene delante ni los numerosos amigos que podrian hacerle olvidar lo que ha perdido; se siente aislada, abandonada de todo el universo, y ciega, acongojada por el horrible martirio de su corazon, para huir de sus angustias, se entrega á la muerte, que todo lo devora. Alberto, esta es la historia de muchos; ¡Ah!..... ¿no es este el mismo caso de una enfermedad? La naturaleza no encuentra ningun medio para salir del laberinto de fuerzas revueltas y contrarias que la agitan, y entónces es preciso morir.

Infeliz del que lo sepa y diga: — «¡Insensata! si hubiera esperado, si hubiera dejado obrar al tiempo, la desesperacion trocada en calma hubiera encontrado otro hombre que la consolase.» Esto es lo mismo que decir: — «¡Loca! ¡morir de una fiebre! Si hubiera esperado á recobrar sus fuerzas, á que se purificasen los malos humores, á que cediera el arrebato de su sangre, todo se hubiera arreglado y todavía viviria.»

No juzgando Alberto muy exacta esta comparacion, hizo nuevas objeciones; en-

tre otras cosas me dijo que yo no habia hablado más que de una jóven inocente; y que no debe juzgarse del mismo modo á un hombre de talento, cuya inteligencia ménos limitada le permite ver el anverso y reverso de las cosas. — «Amigo mio, exclamé, el hombre siempre es hombre, y el talento que tengan éste ó el otro sirve de poco, ó más bien de nada, cuando al fermentar una pasion la naturaleza se arroja á los límites de sus fuerzas. Más aún..... Ya volverémos á hablar de esto», añadi tomando mi sombrero. Mi corazon estaba á punto de estallar, y nos separamos sin haber llegado á entendernos. Es verdad que en este mundo pocas veces sucede lo contrario.

15 de Agosto.

Es muy cierto que sólo el amor hace que el hombre necesite á sus semejantes. Conozco que contraria á Carlota el perderme, y los niños no piensan en otra cosa sino en que siempre volveré al siguiente dia. Hoy he ido á su casa á afinar el clave, lo cual no he conseguido, porque los pequeños me perseguian para que les contase un cuento, y Carlota misma se empeñó en que debia darles gusto. Les he repartido el pan de la merienda, que ahora reciben

de mis manos tan contentos como de las de Carlota, y les he referido la historia de la Princesa servida por encantamento. Te aseguro que con esto aprendo mucho, y me asombra la impresion que el relato les produce. Como algunas veces me veo obligado á inventar algun incidente, que no recuerdo al repetir el cuento, en seguida me dicen que ántes pasaba de distinto modo, por lo cual me dedico ahora á referir siempre lo mismo, sin variante de ningun género. De esto he deducido que el autor que al hacer una segunda edicion de alguna obra la modifica, daña necesariamente á su libro, aunque gane bajo el punto de vista literario. Recibimos con docilidad toda primera impresion, porque el hombre está hecho de tal modo, que llega á persuadirse de que son verdad las cosas más absurdas; pero desde luégo se graban en él tan profundamente, que infeliz del que pretenda destruirlas ó borrarlas.

18 de Agosto.

¿Es preciso que lo que constituye la felicidad del hombre sea tambien la fuente de su miseria? Este sentimiento, que llena y rejuvenece mi corazon ante la vivaz naturaleza, qué viérte en mi seno torrentes de delicias, y convierte en un paraíso el

mundo que me rodea, ha llegado á ser para mí un insoportable verdugo, un espíritu que me atormenta y que me persigue por todas partes. Cuando contemplaba otras veces desde las crestas de las rocas, más allá del río, hasta las lejanas colinas, el fértil valle, y veia que todo germinaba con lozanía en torno mio; cuando veia estas montañas bordadas, desde la falda hasta la cima, de espesos y corpulentos árboles; estos valles salpicados de risueña floresta en todos sus contornos: el arroyo apacible que se deslizaba, adormecido con el murmullo de los cañaverales, reflejando las matizadas nubes, que la brisa suave de la tarde mecia en el cielo; cuando escuchaba á los pájaros, animando con sus gorjeos la enramada, miéntras copiosísimo enjambre de insectillos jugueteaba alegremente en los últimos rayos del sol, á cuyo postrer destello el escarabajo oculto ántes debajo de la hierba abandonaba zumbando su prision; cuando el ruido y la vida llamaban mi atencion hácia la tierra, y el musgo que arranca su alimento á la dura roca, y las retamas que crecen en la pendiente de la árida colina areniza, me descubria la íntima, ardiente y santa vida de la naturaleza, ¡con qué júbilo abrazaba todos estos objetos mi encendido corazon! Yo estaba como un dios

en este mar de riquezas, en este inmenso universo, cuyas formas sublimes parecian moverse, animando toda mi creacion en el fondo de mi alma. Me rodeaban enormes montañas; tenía delante de mí profundos abismos, donde se precipitaban torrentes tempestuosos; los rios se deslizaban bajo mis piés; oia algo como un rugido en los bosques y los montes, agitándose y confundiéndose todas estas fuerzas misteriosas en las profundidades de la tierra, miéntras sobre ésta, y bajo el cielo, revoloteaban las razas infinitas de los seres que lo pueblan todo de mil diversas formas, miéntras los hombres se juzgan reyes de este vasto universo, agazapándose juntos en el nido de sus reducidas moradas. ¡Pobre loco, que todo te parece mezquino, porque tú eres muy pequeño! Desde la inaccesible montaña y el desierto que ningun pié ha pisado aún, hasta la última orilla de los océanos desconocidos, lo anima todo el espíritu del eterno Creador, gozándose en estos átomos de polvo, que viven y le comprenden. ¡Ay! cuántas veces deseaba entónces, con las alas de la garza que pasaba sobre mi cabeza, trasladarme á las costas de ese inmenso mar, para beber en la espumosa copa de lo infinito dulcísimas delicias, y sentir, aunque sólo fuera por un momento, en el espacio estrecho de mi

seno una gota de la felicidad del Sér que todo lo engendra en él y por él. Hermano mio, el recuerdo de tales horas basta para fortalecerme. Más aún; los esfuerzos que hago para recordar estos sentimientos inefables, para poder expresarlos, elevan mi alma sobre ella misma, y me obligan á sentir doblemente lo angustioso de mi estado actual.

Parece que se ha levantado un velo delante de mi alma, y el inmenso espectáculo de la vida no es á mis ojos otra cosa que el abismo de la tumba, eternamente abierta. ¿Podrás decir «esto existe» cuando todo pasa, cuando todo se precipita con la rapidez del rayo, sin conservar casi nunca todas sus fuerzas, y se ve ¡ay! encadenado, tragado por el torrente, y despedazado contra las rocas? No hay un momento que no te consuma, que no consuma los tuyos; no hay un momento en que no seas, en que no debas ser destructor: tu paseo más inocente cuesta la vida á millares de pobres insectos; uno solo de tus pasos destruye los laboriosos edificios de las hormigas, y sumerge todo un pequeño mundo en un sepulcro.

¡Ah! no son las grandes y poco frecuentes catástrofes del mundo, no son esas inundaciones, esos temblores de tierra, que se tragan á vuestras ciudades, lo que me con-

mueve; lo que me roe el corazon es la fuerza devoradora que se oculta en toda la naturaleza, y que no ha producido nada que no destruya cuanto le rodea, y no se destruya á sí mismo.

De este modo avanzo yo con angustia por mi inseguro camino, rodeado del cielo, de la tierra y de sus fuerzas activas: no veo más que un monstruo ocupado eternamente en mascar y tragar.

21 de Agosto.

Al sacudir por las mañanas el yugo de una pesadilla, es en vano que extienda los brazos hácia ella; en vano que la busque por la noche en mi lecho, cuando un sueño feliz y sencillo me hace creer que estoy en el campo, sentado á su lado, estrechando su mano, y llenándosela de besos. ¡Ah! cuando todavía embriagado por el sueño busco esa mano y me despierto, un torrente de lágrimas brota de mi corazon oprimido, y lloro sin consuelo, pensando en las tinieblas de lo porvenir.

22 de Agosto.

Es cosa fatal, Guillermo. Mi actividad se consume en una inquieta indolencia; no puedo estar ocioso, y sin embargo, no pue-

do hacer nada. Mi imaginacion y mi sensibilidad no se conmueven ante la naturaleza, y los libros me causan tédio. Cuando el hombre no se encuentra á sí mismo, no encuentra nada. Te juro que muchas veces me alegraría de ser un jornalero, para tener al ménos, al despertarme por la mañana, la perspectiva de un dia ocupado, un móvil, una esperanza. Envidio con frecuencia á Alberto, cuando le veo enterrado en papeles hasta los ojos, y creo que sería feliz hallándome en su lugar. Más de una vez he estado á punto de escribirte y de escribir al Ministro, solicitando ese destino en la embajada que, segun me aseguras, me concederian al instante. Así lo creo. Hace tiempo que me estima el Ministro, y ántes de ahora me ha instado mucho para que aceptase un empleo. Suele preocuparme esto durante una hora; pero cuando lo reflexiono y recuerdo la fábula del caballo, que cansado de su libertad se deja poner la silla y la brida, para estar poco despues rendido de fatiga..... no sé lo que debo hacer. Por otra parte, querido Guillermo, este deseo de cambiar de estado que me subyuga, ¿no será acaso una oculta insoportable impaciencia que me perseguirá por todas partes?

28 *de Agosto.*

Es indudable que si mi mal tuviera cura, esta gente lo curaria. Hoy es mi cumpleaños, y muy de mañana he recibido un paquetito de Alberto. Lo primero que ha herido mis ojos al abrirlo ha sido uno de los lazos de color de rosa que llevaba Carlota la primera vez que la vi, lazo que despues le habia pedido várias veces; lo segundo, dos tomitos en dozavo, el HOMERO de *Wetstein*, edicion que tanto he deseado, para no ir á mis paseos cargado con la *Ernesti*. Ya ves cómo previenen mis deseos; cómo buscan medios para darme estas pequeñas pruebas de amistad, mil veces más preciosas que esos presentes magníficos con que nos humilla la vanidad del que nos obsequia. Beso el lazo infinitas veces al dia, y en cada aspiracion saboreo el recuerdo de las felicidades con que me embriagaron esos pocos dias felices, que han pasado para siempre. Guillermo, es lo que debe ser y no me quejo: las flores de la tierra sólo son vanas apariencias. ¡Cuántas se marchitan sin dejar ni el más leve rastro! ¡Qué pocas fructifican, y qué pocos de estos frutos llegan á la madurez! Y sin embargo, áun hay bastantes; y sin embargo..... ¡oh hermano mio!..... ¿podemos no hacer caso de los frutos maduros, despreciarlos, y dejar que se pudran, sin gozar de ellos?

Adios. El verano es magnífico. Trepo algunas veces á los árboles del jardin de Carlota, y con una percha larga cojo las peras de las ramas más altas. Carlota está debajo del árbol y recoge los frutos que yo echo á sus piés.

30 *de Agosto.*

Desgraciado ¿no estás loco? No te engañes á tí mismo? ¿Adónde te conducirá esta pasion indómita y sin objeto? No pienso más que en ella; ya no cabe en mi imaginacion otra figura que la suya, y todo lo que me rodea no lo veo sino con relacion á ella.

Esto me procura algunas horas de felicidad, que deben concluir tan pronto como sea preciso que nos separemos ¡Ah Guillermo, adónde me arrastra con frecuencia mi corazon! Siempre que paso dos ó tres horas á su lado, absorto en la contemplacion de su hermosura, de sus movimientos, de su celestial lenguaje, todos mis sentidos se excitan insensiblemente, una sombra se extiende ante mi vista y mis oidos se embotan; siento que oprime mi garganta una mano homicida; mi corazon, en sus latidos precipitados, busca consuelo

á mis sentidos oprimidos y no hace más que aumentar el desórden.....

Guillermo, muchas veces no sé si estoy en el mundo y si la tristeza me agobia, ó si Carlota no me concede el triste consuelo de aliviar mi martirio, dejándome bañar su mano con mi llanto. Necesito salir, necesito huir, y corro á ocultarme muy léjos en los campos. Entónces gozo trepando por una montaña escarpada, abriéndome paso por entre un bosque impenetrable, por entre las breñas que me hieren y los zarzales que me despedazan. Entónces me encuentro un poco mejor ¡un poco! y cuando estenuado de sed y de cansancio, sucumbo y me detengo en el camino; cuando en la profunda noche, brillando sobre mi cabeza la luna llena, me siento en el bosque solitario sobre un tronco torcido, para dar algun descanso á mis piés desgarrados, ó me entrego á un sueño intranquilo durante la claridad crepuscular..... ¡Oh, Guillermo! el silencioso albergue de una celda, un sayal y el cilicio son los únicos consuelos á que aspira mi alma. Adios. No veo para esta cuita otro fin que el sepulcro.

3 de Setiembre

Mi marcha es precisa, Gillermo; te agradezco que hayas fijado mi resolucion vacilante. Quince dias hace que acaricio la idea de dejarla. Mi marcha es precisa. Está de nuevo en la ciudad, en casa de una amiga; y Alberto..... y..... — Mi marcha es precisa.

10 de Setiembre.

¡Qué noche, Guillermo, qué noche tan horrible he pasado! Ahora tengo valor para todo. No volveré á verla. ¡Oh! ¡Que no pueda ir volando á arrojarme en tus brazos; que no pueda, amigo mio, expresarte con el mayor trasporte y derramando un raudal de llanto, los sentimientos que oprimen mi corazon! Héme aquí, delante de mi pupitre, casi sin aliento, procurando sosegarme y aguardando á que amanezca, porque los caballos estarán ensillados al despuntar el sol.

¡Ah! Carlota duerme descuidada sin sospechar que no volverá á verme. He tenido bastante valor para separarme de ella sin descubrir mi secreto durante una conversacion de dos horas. ¡Y qué conversacion, Dios mio!

Alberto me habia ofrecido que iria al jardin con Carlota, despues de cenar. Yo estaba en la explanada, bajo los corpulentos castaños, viendo, por la última vez, el sol que se oculta más allá del risueño valle, y el rio que se desliza mansamente. ¡Habia

estado tantas veces con ella en aquel paraje! ¡Habia contemplado tantas veces el mismo magnífico espectáculo! Y ahora..... Comencé á ir y venir por aquella alameda, para mí tan querida, donde un atractivo secreto y simpático me habia retenido frecuentemente ántes de conocer á Carlota. ¡Con qué placer, al alborear nuestra amistad, nos dimos mutuamente cuenta de la preferencia que nos inspiraba este sitio, que es sin duda uno de los más seductores que conozco entre las creaciones del arte!

A traves de los castaños se descubre una vasta perspectiva..... ¡Ah! Recuerdo que te he hablado bastante en mis cartas de estos altos muros de hayas y de esta alameda en que insensiblemente va desapareciendo la luz cuanto más próximo está un bosquecillo donde termina, y donde todo se confunde en una plazoleta que parece impregnada de todas las melancolías de la soledad. Aun me dura la indefinible sensacion que experimenté cuando entré en ella por primera vez, en el instante en que el sol se hallaba en lo más alto de su carrera; ya entónces tuve un vago presentimiento de que aquel paraje sería para mí teatro de infinito dolor y grandes alegrías.

Hacia media hora que estaba entregado á los dulces y crueles pensamientos de la despedida y de volvernos á ver, cuando les

ví subir por la explanada. Corrí hácia ellos, cogí con el mayor entusiasmo la mano de Carlota y se la besé. Llegábamos á lo más alto cuando apareció la luna por detras de los zarzales que cubrian la colina. Hablamos de cosas distintas y nos aproximamos insensiblemente á la sombría plazoleta. Carlota entró y se sentó: Alberto se puso á uno de sus lados y yo al otro; pero mi inquietud no me permitia permanecer mucho tiempo sentado. Me levanté, me coloqué delante de ella; dí algunos pasos y volví á sentarme. Yo sentia algo parecido á la agonía. Carlota nos hizo observar el bello efecto de la luna, que desde la punta de las hayas alumbraba toda la explanada. El cuadro era soberbio y tanto más sublime para nosotros, cuanto que nos rodeaba una profunda oscuridad. Despues de un breve rato, en que todos guardamos silencio, Carlota tomó la palabra: — «Nunca, dijo, nunca me paseo á la claridad de la luna sin acordarme de mis amigos difuntos, sin sentirme conmovida por la idea de la muerte y de lo porvenir. ¡Nada muere! añadió con un acento que revelaba la sensacion más viva; pero, Werther, ¿volverémos á encontrarnos? ¿Nos reconoceremos? ¿Qué pensais de esto? ¿Qué decís?

— Carlota, exclamé presentándole mi mano y con los ojos cuajados de lágrimas;

¡sí, volverémos á vernos! En esta vida y en la otra volverémos á vernos.»

No pude decir más. Guillermo, ¿era preciso que ella me hiciese esta pregunta, cuando toda mi alma se ocupaba de esta cruel separacion?

—«Y nuestros queridos muertos, continuó Carlota, ¿saben algo de nosotros? ¿Tienen idea de que los traemos á la memoria con indecible cariño, en nuestros momentos de felicidad? ¡Oh! La imágen de mi madre vaga siempre en torno mio, cuando estoy por la noche sentada tranquilamente enmedio de sus hijos, de mis hijos, que se agrupan á mi rededor como se agrupaban al suyo. Si entónces dirijo al cielo mis ojos, bañados por una lágrima de deseo, anhelando que vea cómo cumplo la palabra que le dí en su lecho de muerte, de ser la madre de sus hijos, exclamo llena de emocion: —Perdóname, madre querida, si no soy para ellos lo que tú fuiste. ¡Ah! yo hago cuanto puedo: están vestidos y alimentados y, sobre todo, se les cuida y se les quiere: si pudieras ver nuestra union ¡oh alma queridísima! elevarias las más vivas acciones de gracias á ese Dios á quien pedias con las más amargas lágrimas, con las últimas que brotaron de tus ojos, que hiciera felices á tus hijos.....»

Esto decia Carlota, ¡oh Guillermo! ¿quién

puede repetir lo que ella decia? ¿Cómo la letra, fria é insensible, podria reproducir sus palabras, que eran flores celestiales de su alma? Alberto la interrumpió, diciendo con dulzura: —«Carlota, eso te afecta demasiado. Comprendo que esas ideas te son queridísimas, pero te ruego.....

—Alberto, dijo Carlota, ya sé que no has olvidado aquellas noches en que nos sentábamos alrededor del velador, cuando papá estaba fuera y habiamos hecho acostarse á los niños. Tú tenías casi siempre un buen libro, y casi nunca nos leias en él. La conversacion de aquella criatura sublime, ¿no era preferible á todo? ¡Qué mujer! Amable, bella, siempre alegre y siempre trabajadora..... ¡Dios sabe las veces que arrodillada sobre mi lecho y derramando lágrimas, le he pedido que me haga semejante á mi madre!

—Carlota, exclamé, arrojándome á sus plantas y estrechando su mano, que bañaba con mi llanto; Carlota, que siempre os acompañen la bendicion de Dios y el espíritu de vuestra madre.

—¡Si la hubierais conocido! dijo, apretándome la mano. Era digna de que la conocierais.» Creí que me anonadaba: nunca se habia pronunciado en mi elogio una palabra más grande, más gloriosa. Carlota prosiguió: —«¡Y esta mujer ha muerto en

la flor de su edad, cuando su último hijo no habia cumplido seis meses! Su enfermedad no fué larga; estaba resignada y tranquila; su única pena era tener que abandonar á sus hijos, sobre todo al más pequeñito. Cuando entraba en la agonía me dijo: — ¡Tráemelos! Yo los llevé; los menores no comprendian su desgracia; los mayorcitos estaban profundamente afectados. Cuando rodearon su lecho, levantó las manos al cielo y rogó por ellos; luégo, uno despues de otro, los besó; luégo les dió el último adios y me dijo: — Tú serás su madre.»

Por toda respuesta estreché su mano. «Mucho me prometes, hija mia, me dijo. Frecuentemente he visto en tus lágrimas de reconocimiento que comprendes lo que hay en las miradas y el corazon de una madre. Ten lo uno y lo otro para tus hermanos, y para tu padre la fidelidad y la obediencia de una esposa. Serás su consuelo.» Pidió que entrase mi padre, que habia salido para ocultarnos el inmenso dolor que le abrumaba: tenía el corazon despedazado. Tú, Alberto, estabas en la alcoba; oyó que alguno se paseaba, preguntó quién era y dijo que te acercases. Nos miró á los dos fijamente, y su mirada tranquila revelaba la idea de que juntos habiamos de ser felices.» Alberto se arrojó en sus

brazos, exclamando: — «¡Lo somos! ¡Lo serémos! El flemático Alberto estaba fuera de sí: yo no me conocia á mí mismo.

— «Werther, prosiguió Carlota: ¿y esta mujer debia morir? ¡Oh Dios! Cuando algunas veces pienso cómo nos dejamos robar lo que más queremos en el mundo! Y nadie lo siente con tanta fuerza como los niños; los mios, mucho despues se quejaban de que los hombres negros se habian llevado á mamá.»

Carlota se levantó: yo, temblando, pero saliendo del letargo que me sojuzgaba, permanecí sentado y estrechando entre las mias una de sus manos.

— «Es preciso volver á casa, dijo: ya es hora. Quiso apartar su mano y yo la retuve con más brío. — ¡Volverémos á vernos! exclamé. ¡Volverémos á encontrarnos! Sea la que sea nuestra forma, nos reconocerémos. Me voy, proseguí, me voy voluntariamente; pero si creyera que se trataba de una separacion eterna, no podria soportar esta idea. ¡Adios, Carlota; adios, Alberto! Volverémos á vernos.

— Creo que mañana, dijo ella en tono chancero.» Este «mañana» me traspasó el corazon. ¡Ah! Ella ignoraba, cuando separó su mano de la mia..... Se fueron alejando por la alameda..... Yo permanecí inmóvil, siguiéndoles con la vista, á la luz de la

lúna. Me arrodillé, dí rienda suelta á mis lágrimas, levantéme súbito, fuí corriendo hácia la explanada, y todavía, á lo léjos, bajo la sombra de los altos tilos, cerca de la puerta del jardin, vi brillar su vestido blanco. Extendí los brazos hácia ella..... y desapareció.

LIBRO SEGUNDO.

---

20 de Octubre de 1771.

Llegamos ayer. El embajador está indispuesto y guardará cama algunos dias; si á lo ménos fuera un hombre de buen trato, todo marcharia bien. Lo veo, lo veo; la suerte me ha reservado rudas pruebas, pero ¡ánimo! Un carácter ligero lo soporta todo. ¡Un carácter ligero! Risa me da al ver que esta frase se ha escapado de mi pluma. ¡Ah! Si yo fuera algo más superficial, sería el hombre más feliz de la tierra. Pero ¡ca! Otros, pobres de fuerza y de talento, se payonean delante de mí con aire de suficiencia, y yo me aburro con mi superioridad y mis conocimientos. Tú, Señor, que me has dado todos estos bienes, ¿por qué no me negaste la mitad de ellos, concediéndome en cambio la confianza y la satisfaccion de mí mismo?

¡Paciencia! ¡Paciencia! esto cambiará.